

Seis

Eliseo Altunaga

EN LA MAÑANA SALES A LA CALLE, CAMINAS, ENTRE LOS perros sucios y medrosos. Mientras avanzas pendiente arriba, te acosa la piel el calor y la sensación de Iris. Un sol fuerte de colores brillantes y sin matices ilumina la mañana, las viviendas pegadas unas a las otras, los rastros de pintura, las columnas de falsos estilos, las puertas de madera de hilos hundidos que recuerdan en relieve los años de los troncos originales, las pálidas baldosas desgastadas por los tacones y las suelas. Sin embargo, desde que saliste del hospital crees advertir la película de polvo gris sobre las calles, encima de las gentes que en los portales o en las puertas abiertas de las casas venden un aguacate, una calabaza o un atado con varias yucas, la pieza de un automóvil, jabones caseros. Cubre también el polvo a los que esperan en filas en las paradas de ómnibus, a los que, empapados en sudor, pedalean las bicicletas chinas o viajan en la cama de los altos vehículos de carga. Como de costumbre, empujas tu carrito de metal con dos latones uno detrás de otro y las dos ruedas altas a los lados. Te detienes majestuoso y con la escoba y la pala corta recoges la dispersa basura. Un poco, casi siempre adherido al borde de la acera.

Hoy es un día de suerte, temprano, había pasado el camión donado por una de las alcaldías españolas con su escoba mecánica y su chorrillo de agua. No siempre funciona, sólo algunos días al mes cuando la dirección de higiene tiene combustible. Al inicio del periodo especial casi toda la basura se recogía en carretones tirados por caballos que llenaban la vía de cagajones. Luego en tractores de petróleo, con un trailer inmenso, la gente echaba la basura en las esquinas y ellos la recogían en el arrastre abierto, derramando desperdicios por todas partes. Entonces el trabajo

Fragmento de la novela *Se acabó el querer*.

era mayor, había que limpiar tanto la porquería de los caballos como los residuos del tractor, que los perros y los recolectores de desperdicios se disputaban. Pero aún se podía encontrar tirada alguna cosa útil, un cuchillo sin cabo, una herramienta, clavos, un peine, un bolígrafo o un pedazo de cuero o madera para intercambiar o vender. Ya no se tira nada que sirva, ni siquiera los recipientes usados de plástico o latas, ni las etiquetas extranjeras celosamente coleccionadas por los muchachos del barrio. Ahora hay algunos camiones que suben los tanques y unas cuantas máquinas de barrer calles. A los transeúntes les impresionaba la barredora. Pero siempre hace falta tu mano par terminar la calle, para mejorar aquello que la técnica no acaba, el detalle. Por las calles, apenas sin transporte la presencia de la máquina de barrer da a la gente una ilusión de progreso. Siempre pensaste que la ciencia y la técnica eran el Progreso. Ahora no estás tan seguro de esto, se acaba el siglo y sientes desamparo. Al salir del hospital con la sensación de una segunda vida revelada como un todo no podías separar lo percibido, lo experimentado y lo vivido en diferentes instantes. Pensabas que no podías renunciar ni a un ápice del pasado sin dañar el resto. Durante el encierro, carecías de palabras para describirlo. Desde el encuentro con Iris en tu cuarto fuiste consciente de esa percepción. Tienes la sensación de otra vida, de otro tiempo, de otra ciudad ajena y extendida. O la misma ciudad luminosa que ahora descubres desde otro ángulo. Empujas el carro y al detenerte escuchas retazos de conversaciones sobre precios de balsas y botes, sobre las prohibiciones transmitidas por el gobierno para que los adultos no embarquen en sus balsas y botes a niños y adolescentes. Se habla de madres que regalan a sus hijos en las playas o los dejan abandonados en los cuartos para partir hacia Miami como si el sol las hubiese enloquecido. Se habla de maridos burlados, mujeres desamadas, precios de alimentos, trabajos de brujería, competencias deportivas y dolencias infinitas. Del concurso de la OTI, un programa de televisión que ofrece la promesa de triunfar en España, otra forma de llegar al extranjero, de ganar de golpe, como los balseros y sus sueños marinos. El andar con el carro y las escobas te hace gozar de una cotidiana impunidad. Se escuchan los diálogos más íntimos, los conflictos ocultos, las ambiciones encubiertas, frustraciones, orgasmos y reclamos, historias deshilvanadas que duran el tiempo necesario para recoger la basura. No te interesa completar las historias sino armar unas con retazos de otras y puedes narrar tres relatos a la vez o hacer de tres historias una película con sus actores, sonidos, intrigas. Intentas lograr la armonía temporal, convertir la historia en un escenario donde se reproduce el mismo drama, el empeño inútil de torcer los acontecimientos, vencerla en el plano ilusorio, establecer una nueva representación del mundo con los mismos ingredientes, las pasiones, las penas y las palabras. Ya el sol te molesta sobre la espalda y aún te queda un buen tramo de pendiente pero no apuras el paso, sujetas fuerte el carro, masticas media aspirina y sigues hacia arriba entre voces y transeúntes.

Amparado por el carro de barrendero poco te importa la indiferencia de los peatones. Iris está contigo, la sensación permanente de su piel perturba el

sol inclemente, los grises portales, la mirada perdida de peatones y vendedores furtivos. Con ella al lado descansas, como el viejo del hospital, con los ojos abiertos, con una serenidad que te trastorna.

Ya tarde, regresas al patio colectivo del edificio, avanzas en el espacio cementado que abarca el techo de la cisterna, varias macetas con arbustos, un pequeño cantero, un lavadero, tanques de latón de cincuenta y cinco galones para almacenar el agua de los inodoros y los baños. Algo tienen los patios interiores que te atraen, y te relajan, te otorgan una cierta serenidad, un abrigo, quizás te recuerdan tu infancia en los castellanos, una ciudad con cientos de ellos, a veces de dos o tres casas colindantes, con tamarindos, mangos y caitos, con grandes tinajones donde se apresaba el agua de las tejas y luego de las canales de latón, depósitos barrigones de barro en los que nadaban las jicoteas que devoraban las larvas de mosquitos y los guajacones. Pero hay una diferencia, el espacio te es familiar pero el olor, no. Los patios olían a tierra mojada, a barro húmedo, a helechos, a salvia, albahaca, manzanilla, ruda mientras este huele rancio, al orina de los baños colectivos, a luz brillante y hoy a humo de madera verde. Pero de todas formas te relaja, te da una vaga sensación familiar. Aunque el humo denso le dé una apariencia espectral. En el centro, en un depósito de lata que fue de aceite, hierve, en medio de la humareda, un caldo de viandas y huesos. Miras a los niños jugar en torno a las brasas que alimentan con madera vieja y pedazos de periódicos, mientras en las casas la familia terminan de ver a *Oshin*, la telenovela japonesa que te parece un ejemplo de que siempre se puede estar peor. Marieta organiza la fiesta. Está contenta porque ha encontrado el compañero de su vida. Te pide que no faltes, quiere un consejo que sabes que es el mismo consejo que te ha pedido tantas veces, ante cada nuevo amante, seguramente casado o demasiado independiente. Le prometes a Marieta que irás. No siempre los vecinos se encuentran pero en las fiestas de los Comités de Defensa de la Revolución todos hacen un esfuerzo para estar presentes aunque fuese un instante. Marieta argumenta que este año la organización, además de facilitar viandas y huesos para la caldosa, había repartido torta, cerveza, menta y ron pagados por una colecta de cinco pesos por vecino. Otras vecinas habían preparado una ensalada de fideos con mayonesa y panes con cosas. Abres la puerta de tu cuarto y guardas una bolsa de fibra sintética con diez aguacates para vender. Iris no está ni su mochila. Te preparas para bañarte. En el baño del patio, te viertes en la cabeza el agua fría de un cubo y la dejas rodar por tu cuerpo. Con una astilla de jabón de lavar te palpas, te estregas minuciosamente los genitales y el ano. Te sientes fuerte, tienes la evidencia de tu existencia, hueles la potasa del jabón, escuchas los quejidos de Marieta, la identificación de la televisión, el graznido de una lechuza que augura desgracias, noticias sobre el rescate de cubanos en alta mar y paros obreros en Argentina, gruñidos de un cerdo, voces desconocidas. Sientes tus poros frescos por el agua, tus músculos renovados, tu respiración profunda y sobre todo tu falo endurecido con solo evocar la

imagen de Iris sobre la cama. Una radio reproduce la voz nasal del cantante de la orquesta de Elio Revé con su Charangón, que repite obsesivo «Voy a la deriva» lo único que puedes entender de la pieza musical del veterano de moda. Sales al patio, la caldosa demora y quieres, antes, descansar un rato. En el cuarto, te sientas, desnudo en la cama. A las doce de la noche los miembros del CDR leerán el comunicado nacional y repartirán la caldosa. Cada año se hace como un rito pero es una ocasión para que los vecinos se encuentren y las jóvenes casaderas consigan novios. Cambias la sábana de la cama y te extiendes sobre ella, en busca de la figura ausente de Iris. El ventilador con su ronronear no logra ahogar los sonos a todo volumen de la reproductora en el patio. «Voy a la deriva» repite el cantante, amplificado por las bocinas de Marieta, que había prestado sus equipos de audio, cuyas vibraciones estremecían las viejas paredes de la construcción. Cierras los ojos y mientras escuchas la música que no te importa buscas simetrías y equivalencias en tus sentidos, tratando con la imaginación que Iris regrese o que regrese el sentimiento que ella te evoca en medio de una ciudad enferma o tal vez circular en la que como en un teatro todos repiten diariamente una representación pero cada día pierde un elemento, se simplifica y se hace nueva, como la caldosa que pasó de los barcos negreros a la plantación, a la necesidad de importar alimentos y a la imaginación de una comida revolucionaria en las fiestas de los comités.

Te aburres de ti mismo y de tus pensamientos. Te has equivocado demasiado o siempre has estado demasiado seguro, «no dudes de la Santa Iglesia que todo lo ha previsto» te decía el Padre Prefecto, en su español italianizado. Y el universo estaba en la verdad de un libro, y luego de otro y con el marxismo descubrías la categoría universal de las clases, con el que no sólo podrías explicar la historia pasada sino predecir el presente. Las clases, allí estaba el secreto de los ararás, el origen del teatro griego, la explosión del Vesubio, la dentadura de Crescencio. Un elemento divino podría explicar el universo que intriga a Iris. Te aburres de ti mismo Profesor porque sientes que en la cabeza sólo tienes fantasías y dudas y un raro descubrir de los detalles, de los olores, de las formas que te han llegado con Iris, como en la cocina de la abuela Flora, con olor a plátano con canela o a la carne con papas o a las plantas aromáticas sembradas en el camino del patio hacia la letrina. Cesa el ronronear del ventilador pero también cesa el eco de la música en el patio colectivo. Te acosa la penumbra del apagón, te estiras en la cama y un mosquito zumba en tu oído. No quieres encender el quinqué, ni marchar al patio, ni pensar. Pero tienes hambre. Y sabes que la ensalada de fideos puede terminarse y aunque tiene sal y harinas cargadas de colesterol no quieres cocinar. Por eso, te levantas, a tientas como un ciego, te vistes y sales afuera, junto con los niños que, en torno al fuego que cocina la caldosa, juegan y gritan bajo las estrellas como si pudieran conjurar el apagón.